

**Rodríguez Acosta Ofelia:** "Hágase la luz". La novela de un filósofo existencialista. Ediciones Estela, México 1953. 322 p. 23 cm.

Indudablemente el existencialismo es la corriente filosófica y literaria que más ha cundido por el mundo en los últimos quince años. Claro, hay que distinguir entre existencialismo y existencialismo. No ha habido otra cosa que una anegante moda del existencialismo de un escritor francés, de Jean Paul Sartre. Los teóricos y estudiosos, los intelectuales, etc. saben del existencialismo de Soren Kierkegaard, de Heidegger y de Karl Jaspers, de Gabriel Marcel y de Chestov, pero esas doctrinas no traspasan los límites de la minoría culta. ¡Vaya usted a hablarle al hombre de la calle de la "experiencia de la muerte" de Landsberg! ¡Digale usted a algún transeúnte si está interesado en el "sentimiento trágico de la vida" de don Miguel de Unamuno! Nada, que no le entenderán. Pero si usted le habla de los existencialistas de la "orilla izquierda", de las novelas de Camus y de Sartre, sabrá con toda seguridad —a poco que se haya asomado dicho paseante solitario por los vericuetos de las letras actuales— a qué usted se refiere, y a lo mejor le sale con alguna teoría especialísima o con una réplica de aquellas que no caben en las páginas de los literatos.

De ahí que el "sartrismo" (más que el verdadero movimiento existencialista) esté de moda, como estuvieron hace más de un siglo de moda las vestiduras románticas del joven Werther

o los cabellos encrespados del cojo lord Byron. Jean Paul Sartre por sus novelas, sus relatos breves, sus obras de teatro, ha conseguido la popularidad que no le hubiesen dado sus libros filosóficos. Como núcleo fecundo de sus doctrinas está el tema de la libertad. El hombre es lo que es por la libertad. En otras palabras, la esencia del hombre consiste en la capacidad que tiene para actuar con libertad, aunque él no lo desee. No se siente atado a nada. Frente a los otros —cuestión no menos esencial en la filosofía “sartiana”— el hombre se siente limitado, por eso tiene que trascender dicha limitación por el dominio sobre los otros, sobre el prójimo, con el cual está en conflicto perenne..

No voy a intentar aquí una síntesis del pensamiento de Sartre. Quede eso para los especialistas. Pero creo oportuno indicar ahora esos aspectos fundamentales del autor de “El muro”, “Los caminos de la libertad” y “Muertos sin sepultura”. Ofelia Rodríguez Acosta, la distinguida novelista cubana, ha publicado en México una obra, “Hágase la luz”, la novela de un filósofo existencialista, (Ediciones Estela, México, 1953, 322 páginas) que le sirve para manejar los criterios más divulgados y polémicos de la ideología existencialista. Preocupada por los avatares de nuestro tiempo, esta escritora se ha asomado al vasto orbe de los escritores “de la existencia” y ha calado en las derivaciones sociales de tales doctrinas.

Pues bien, en esta novela aparece un profesor de filosofía, el profesor Adán. No sospechamos en él una naturaleza “adánica”, del primer hombre creado por la mano de Dios, ya que está de vuelta, desengañado —un poco librescamente—

de muchos ideales, de muchas ilusiones. Adán resulta un convencido existencialista. Quiere regir su propia existencia por las normas "sartrianas". De tal modo está identificado con el autor de "El Ser y la Nada" que en el curso de la narración novelesca se discuten fragmentos de las obras de Sartre como si fueran originales de este personaje de ficción.

Este hombre está rodeado por un grupo de personajes que no poseen el bagaje filosófico del profesor. Viven, viven sencillamente, impulsados por sus instintos, sus creencias convencionales, su mayor o menor sentido común. Adán no, Adán está impulsando su vida por unos carriles, los carriles que brotan de una ideología filosófica. De ahí su choque con la realidad, aunque él cree tener en sus manos los hilos de la trama de su existencia. Están a su alrededor sus amigos, sus parientes, las mujeres que ama, (¿qué ama?, sería de discutir esta afirmación), Francisco, un cartero, y su esposa Clara, Ursula, la hermana de Adán, y su esposo Benito, y su hijo, Miguel, y otros como Cecilia, Teresa, Paula, la constelación de mujeres, y otros más...

Pero, he dicho más arriba que a Ofelia Rodríguez Acosta le preocupa las derivaciones sociales de estas doctrinas, su efecto sobre las juventudes. Ella observa que el existencialismo "sartriano" está realizando una influencia nociva similar a la que hace años efectuaba el movimiento nazi-fascista o al que hoy —añado por mi cuenta— está realizando el totalitarismo soviético. Frente a esas invasiones ideológicas, dice la autora de "La vida manda", hay que asumir posiciones de combate. De ahí surge este libro que estoy glosando. "Hágase la luz" responde por tanto a un deseo de novelizar la importancia de las doctrinas del pensador francés y sus consecuencias en las vidas de unos personajes de ficción.

No hay que anotar el hecho simplemente. Pero lo cierto es que el profesor Adán tiene que entablar una lucha, una lucha entre el mundo desordenado que contempla, los hombres y las mujeres que lo rozan con la calidez, de sus existencias, sus amores, sus odios, sus rencillas, sus aspiraciones y el orbe cerrado de sus doctrinas. Un combate exterior y otro interior,

íntimo, subjetivo, patético. Por ahí corren los cauces de la novela. Adán pone su pensar existencialista en el balance de sus responsabilidades. Y sus hermanos de ficción, hombres y mujeres, el adolescente Miguel, que lo rodean, le obligan a una definición que es una rectificación.

Ofelia Rodríguez Acosta vuelve a demostrar sus dotes de novelista muy avezada, ducha en recursos narrativos, hábil en el manejo de las situaciones. Para quien escribe estas líneas el mundo humano creado en torno a Adán supera en méritos, por la vibración de sus existencias, por el calado de sus vidas, a la del propio protagonista. La autora ha sabido mostrar el conflictivo contorno del seguidor de Sartre. Es verdad que las páginas donde se recogen diálogos filosóficos no añaden valor a los estrictos merecimientos literarios de esta novela. Dichos diálogos, interesantes para conocer el pensamiento del escritor francés, no aumentan la riqueza psicológica, ni el caudal humano de estos entes imaginarios.

Salvador Bueno